

Antes se había marchado Lequeu, después de haber oído con aire reservado como funcionario que no podía comprometerse.

Fouan y Delhomme, con la nariz metida en su vaso, no decían ni una palabra, avergonzados, comprendiendo que si intervenían, el borracho gritaría más alto.

En las mesas vecinas los campesinos se disgustaban ya. ¡Cómo! ¿sus bienes no eran suyos y se los quitarían? Y murmurando sordamente, iban á caer ya sobre el «comunista» para echarlo á puñetazos, cuando se levantó Juan. No le había quitado la vista, no perdiendo ni una de sus palabras, con el rostro serio, como si pensara en lo que podía haber de razonable en todo aquello.

— Jesucristo — dijo tranquilamente, — hariais bien en callaros..... Todo eso no es para dicho, y si por casualidad tenéis razón, os puede costar caro.

Aquel muchacho tan frío, aquella advertencia tan prudente, calmaron súbitamente á Jesucristo. Volvió á caer en su silla, declarando que después de todo, todo le tenía sin cuidado. Y comenzó otra vez sus bromas, abrazando á la Becú, cuyo marido dormía sobre la mesa, y acabó el ponche bebiendo en la ensaladera. La concurrencia volvió á reír celebrando sus gracias.

El baile continuaba. Clou seguía soplando en su trombón, cuyos trompetazos ahogaban los gemidos del violín. El sudor bañaba los cuerpos, confundándose su olor con el vapor de las luces. No se veía más que el lazo rojo de la Trouille, que iba de los brazos de Ernesto á los de Delfin, y de éstos á aquéllos. Berta, fiel á su amante, no bailaba más que con éste. En un rincón murmuraban algunos

jóvenes á quienes había desairado: ¡diablo! hacía bien en no soltarlo, porque á pesar de su dinero, no encontraría otro que quisiera casarse con ella.

— ¡Vamos á dormir! — dijo Fouan á Juan y á Delhomme.

Ya fuera, cuando Juan se separó de ellos, el viejo andaba en silencio, como rumiando todo lo que acababa de oír; y bruscamente, como si todo aquello le hubiera decidido, se volvió hacia su yerno.

— Voy á vender la casa y me iré á vivir con vosotros. Es cosa resuelta..... ¡Adiós!

Y se dirigió á su casa lentamente. Pero su corazón estaba lleno de pena, y andaba vacilante como si estuviera borracho. Ya no tenía tierras, y bien pronto no tendría casa. Le parecía que las viejas paredes se derrumbaban y que las tejas caían sobre su cabeza. Ya no tenía dónde guarecerse, y erraba por los caminos como un mendigo, día y noche, constantemente; cuando lloviese, la lluvia fría, interminable, caería sobre él.

IV.

El hermoso sol de Agosto asomaba á las cinco por el horizonte, y la Beauce ofrecía sus mieses maduras bajo un cielo inflamado. Después de las últimas lluvias del estío, la verde superficie, siempre creciente, había tomado tonos amarillos. Era ahora un mar rubio con reflejos de incendio, que parecía un mar cuyas olas de fuego se movían al menor soplo. Nada más que mieses, sin que se apercibiese ni una casa ni un árbol; el infinito de

las mieses. De cuando en cuando en aquella caliginosa atmósfera una pesada calma adormecía las espigas y humeaba, exhalándose de la tierra un olor de fecundidad. Sentíase cómo la hinchada semilla salía de la matriz común en granos tibios y pesados. Y ante aquella llanura acometía al hombre una gran inquietud al mirarse tan pequeño enfrente de aquella inmensidad.

En la Borderie, Hourdequin hacía una semana que había atacado á las mieses. El año anterior su segadora mecánica se había descompuesto; y desesperado por la mala voluntad de sus servidores, llegando hasta á dudar él mismo de la eficacia de sus máquinas, había contratado, para precaverse, una banda de segadores desde la Ascensión. Según costumbre, los había contratado de la Perche, de Mondoubleau: el capataz, otros cinco segadores y seis gavilladoras, cuatro mujeres y dos muchachas. Habían llegado en una carreta á Cloyes, donde fué á tomarlos el carro de la granja. Toda aquella gente dormía en la lechería, desocupada en aquella época, mezclados todos entre la paja, las solteras, las mujeres casadas y los hombres, medio desnudos á causa del gran calor.

Aquella era la época en que Santiaguilla tenía más que hacer. Se trabajaba desde la salida hasta la puesta del sol: á las tres de la madrugada todo el mundo estaba en pie, y se volvía á las pajas á las diez de la noche. Era menester que ella se levantase la primera para la sopa de las cuatro, y que se acostase la última cuando ya había servido la cena de las nueve. Entre estas dos comidas había otras tres, el pan y queso de las ocho, la del mediodía y la merienda: en junto cinco comidas

abundantes, rociadas de vino y de sidra, porque los segadores, que trabajan mucho, son exigentes. Pero ella no sentía la fatiga; en su finura de gata tenía músculos de acero; y era tanto más sorprendente aquella resistencia, cuanto que entonces se entregaba con verdadera furia al amor con Trou, aquel brutazo de vaquero, cuyas ternuras de coloso la volvían loca. Lo había convertido en su esclavo, y se lo llevaba á las granjas, al pajar, á la lechería, ahora que el pastor, cuyo espionaje temía, dormía fuera con sus carneros. Allí tenían, sobre todo por la noche, sus encuentros, de los cuales salía más elástica y más fina y más activa. Hourdequin no veía ni sabía nada. Estaba entregado á la fiebre de la siega, una fiebre especial, la gran crisis anual de su pasión por la tierra, produciéndole la vista de las maduras espigas que caían, un temblor interior, ardores de cabeza, palpitaciones de corazón y sacudimientos de todo su ser.

Aquel año eran las noches tan calurosas, que Juan no podía pasarlas en la cuadra. Salíase de ésta y prefería tenderse vestido sobre las piedras del corral. Y no era solamente el calor vivo é intolerable de los caballos y las emanaciones del establo lo que le arrojaba afuera: era también el insomnio, la eterna imagen de Francisca, la idea fija de que ella venía y de que la cogía y se la comía en un abrazo. Ahora que Santiaguilla, ocupada con otro, le dejaba tranquilo, su amistad por aquella chicuela convertíase en rabioso deseo. Veinte veces en aquel sufrimiento de un sueño agitado, había jurado que iría á buscarla al día siguiente y que la poseería; luego, al despertarse, cuando se había refrescado la cabeza en un cubo

de agua fría, encontraba aquello repugnante, porque era muy viejo para ella; y á la noche siguiente volvía á comenzar el suplicio. Cuando llegaron los segadores, reconoció á una mujer casada con uno de ellos, y á la cual había poseído dos años antes, siendo todavía soltera. Una noche, era tal su tormento, que deslizándose en la lechería, fué á tirarla de los pies entre el marido y un hermano que roncaban con la boca abierta. Ella accedió en seguida allí mismo. Aquello fué una glotonería muda, abrazados en las tinieblas, sobre el suelo removido, que aun conservaba un olor amoniacal tan pronunciado, que irritaba los ojos. Hacía ya veinte días que estaban allí los segadores, y él iba todas las noches.

En la segunda semana del mes de Agosto el trabajo estaba muy adelantado. Los segadores habían comenzado por la piezas del Norte, bajando hacía las que bordeaban el valle del Aigre, y espiga á espiga iba cayendo aquella masa inmensa. Detrás de ellos, en marcha lenta, iba reapareciendo la tierra rasa, y sobre los rastros iban de acá para allá las gavilladoras con el talle encorvado. Aquella era la época en que la triste soledad de la Beauce se interrumpía un poco, llena de gente, animada por el continuo movimiento de trabajadores, carros y caballos. Hasta donde alcanzaba la vista, maniobraban las cuadrillas con el mismo movimiento oblicuo, el mismo balanceo de brazos: los unos tan próximos, que se oía el silbido del hierro; los otros en filas negras, parecidos á hormigas, llegando hasta el horizonte. Y por todas partes abríanse claros como en una tela mordida. La Beauce, pedazo á pedazo,

en medio de aquella actividad de hormiguero, perdía su áureo manto de corte, aquella única vestidura de su verano que la dejaba de pronto desolada y desnuda.

Los últimos días fueron de un calor sofocante; sobre todo uno en que Juan, con su carro de dos caballos, acarreaba las garbas, cerca del campo de los Buteau, á una pieza de la granja, donde debía elevarse un gran pajar de ocho metros de altura. Sobre las mieses todavía en pie, inmóviles, el calor flameaba: se habría dicho que ardían con una llama invisible en las vibraciones del sol. Y ni la sombra de una hoja, nada más que la que los hombres proyectaban sobre la tierra. Desde por la mañana, bajo el fuego del cielo, Juan, inundado de sudor, cargaba y descargaba su carro sin hablar, echando una mirada á cada viaje hacia la pieza donde, detrás de Buteau, que segaba, Francisca hacía gavillas lentamente, doblada por la cintura.

Buteau tuvo que tomar á Palmira para que ayudase. Francisca no era bastante, y no podía contar con Elisa, que estaba embarazada de ocho meses. Aquel embarazo lo había exasperado. ¡El que tomaba tantas precauciones! ¿Cómo había podido formarse aquel chiquillo? Y martirizaba á su mujer, acusándola de haberlo hecho expreso, gruñendo horas enteras, como si un pobre, un animal errante se hubiera introducido en su casa para comérselo todo; y desde hacía ocho meses no podía mirar el vientre de Elisa sin insultarla: ¡maldita tripa! ¡ruina de la casa! Por la mañana había venido ella á gavillar, pero él la había despedido furioso por su torpe pesadez. Ella debía volver para traer la merienda.

— ¡Voto al demonio! — dijo Buteau que se empeñaba en acabar un trozo; tengo la espalda cocida y la lengua seca.

Irguióse, con los pies desnudos en los grandes zuecos, vestido sólo con una camisa y unos calzoncillos y dejando ver hasta el ombligo el vello del pecho sudoroso.

— ¡Necesito beber más!

Y fué á coger de debajo de su blusa un frasco de sidra que había escondido allí. Después que se hubo echado dos tragos de aquella bebida templada, pensó en la muchacha.

— ¿No tienes sed?

— Sí.

Francisca cogió la botella y bebió largamente; y mientras que se inclinaba, doblándose de cadenas, el pecho en tensión haciendo casi estallar el delgado lienzo, él la miró de reojo. Ella también sudaba, mostrando sus blancas carnes por entre su corpiño desabrochado. Bajo el pañuelo azul que cubría su cabeza y su nuca, sus ojos parecían más grandes en su rostro mudo y ardiente.

Sin añadir una palabra volvió á su trabajo, y ella le seguía haciendo sus gavillas con toda regularidad á cada tres pasos. Cuando se enderezaba para enjugarse la frente con el revés de la mano, y la veía detrás con las nalgas en alto, la cabeza casi rozando el suelo, en aquella postura de hembra que se ofrece, parecía que se le secaba más la lengua.

Palmira, en la pieza próxima, donde desde hacía tres días estaba ya seca la paja de las gavillas, estaba ocupada en atar garbas; y Buteau no la vigilaba porque la había ajustado por cientos de

garbas bajo el pretexto de que ella ya no era muy fuerte, de que estaba muy vieja y muy cansada y perdería si la pagara treinta sueldos como á una joven. Y aun tuvo ella que suplicarle; y él no se había decidido á tomarla sino como resignándose á hacer una buena obra. La miserable levantaba tres, cuatro gavillas, todo lo que sus débiles brazos podían coger; y luego, con una cuerda ya preparada, ataba la garba fuertemente. Este trabajo tan duro que de ordinario se lo reservan los hombres, la fatigaba. Había llevado por la mañana una botella que iba á llenar de cuando en cuando á una charca próxima, fangosa y pestilente, y bebía con ansia, á pesar de la diarrea que le producían aquellos calores y el exceso de trabajo.

El azul del cielo había palidecido con una palidez de rojo, y el sol parecía que despedía brasas. Era, después del almuerzo, la hora pesada de la siesta. Ya Delhomme y su cuadrilla, que trabajaban allí cerca, habían desaparecido, yendo á acostarse en la umbría de algún repliegue del terreno. Todavía un instante después se veía al viejo Fouan de pie; hacía quince días que había vendido su casa y vivía con su yerno, á quien seguía en los trabajos de la siega; después debía haberse acostado, porque ya no se le vió más. No quedó en el horizonte vacío, sobre el fondo de los abrasados pajares, á lo lejos, más que la delgada silueta de la Grande examinando el trabajo de su cuadrilla. Parecía un árbol endurecido por la edad, que no tiene que temer nada del sol, erguida, sin una gota de sudor, indignada contra aquellas gentes que dormían.

—¡Ah! me arde la piel —dijo Buteau.

Y volviéndose hacia Francisca:

—Vamos á dormir.

Buscó con la vista un poco de sombra, pero no la encontró. El sol caía á plomo, y no había allí nada que los resguardase. Al fin vió una especie de pequeño foso, donde la mies todavía en pie proyectaba una línea oscura.

—Dí, Palmira —gritó, —¿y tú no te acuestas?

Ésta, que estaba á unos cincuenta pasos, contestó con una voz apagada que parecía un soplo:

—No, no tengo tiempo.

Y en toda la abrasada llanura no quedó trabajando nadie más que ella. Si no llevaba sus treinta sueldos, la pegaría Hilario, que no sólo seguía matándola con sus brutales apetitos, sino que también la robaba ahora para beber aguardiente. Pero sus últimas fuerzas la hacían traición. Su cuerpo aplastado, sin pecho ni caderas, crujía como una tabla cada vez que se inclinaba para levantar una hierba. Y con el rostro de color de ceniza, vieja de sesenta años á los treinta y cinco, dejaba que el sol acabara de evaporar su vida en aquel esfuerzo desesperado de bestia de carga que va á morir.

Uno al lado del otro, se habían tendido Buteau y Francisca. Silenciosos, sin moverse, con los ojos cerrados, estaban inundados de sudor. Apoderóse de ellos al fin un pesado sueño y durmieron una hora, y el sudor no cesaba de correr por sus miembros en aquella atmósfera pesada. Cuando Francisca abrió los ojos, vió á Buteau que la miraba con aquella mirada que la turbaba desde hacía algún tiempo. Volvió á cerrar los ojos

fingiendo que dormía. Sin que él la hubiera dicho nada todavía, ella comprendía muy bien lo que él quería, ahora que ya era toda una mujer. Aquella idea la ponía fuera de sí: ¿se atrevería aquel cochino, á quien todas las noches oía divertirse con su hermana? Jamás la había exasperado hasta aquel punto. ¿Se atrevería? Lo esperaba, lo deseaba sin saberlo, decidida, si la tocaba, á estrangularlo.

De pronto, como ella cerrase los ojos, la cogió Buteau.

—¡Cochino, cochino! —gritaba ella rechazándolo.

Pero él, enloquecido, decía muy bajo:

—¡Tonta, déjate hacer!..... Te digo que todos duermen y nadie nos oye.

En aquel momento apareció por encima de las mieses la cabeza agonizante de Palmira, atraída por el ruido. Pero como si nadie viera. Volvióse, en efecto, á sus garbas, indiferente, y se oyó de nuevo el crugido de sus caderas.

—¡Tonta, anda! Elisa no sabrá nada.

Pero al nombre de su hermana, Francisca, á quien ya iba venciendo el deseo, cobró nuevos alientos. Y desde entonces no cedió, dando puñadas y agitando sus piernas desnudas, que él había ya destapado hasta los muslos. ¿Era para ella aquel hombre? ¿Es que se iba á contentar con las sobras de otra?

—¡Véte con mi hermana, cochino! Hazla un hijo todas las noches!

Buteau comenzaba á incomodarse, y creía que sólo temía ella á las consecuencias.

—¡Pero tonta! ¡cuando yo te juro que me qui-

taré á tiempo y que no te haré ningún chiquillo!

Dióle ella patadas entre las piernas y tuvo que soltarla; pero la rechazó tan bruscamente, que la hizo lanzar un grito de dolor.

Ya era tiempo de acabar, porque Buteau, cuando se puso en pie, apercibió á Elisa, que venía á traer la merienda. Fué á su encuentro y la detuvo para dar tiempo á que Francisca se bajase las ropas. La idea de que ella se lo iba á decir todo le hizo sentir no haberla matado de una patada. Pero Francisca no habló, y se contentó con sentarse sobre unas gavillas con aire insolente. Y aunque él se había puesto otra vez á segar, ella siguió ociosa como una princesa.

—¿Qué?—le preguntó Elisa, sentándose también á descansar de su carrera,—¿no trabajas?

—¡No; eso me aburre!—contestó con furia.

Entonces Buteau, no atreviéndose á irritarla más, la emprendió con su mujer. ¿Qué hacía allí tendida, con la tripa al sol? Parecía que la había puesto á madurar. A Elisa le hizo gracia aquella frase: acaso fuera verdad que el sol la madurase; y sacaba al sol aquel vientre que parecía la explosión de un germen levantando la tierra fecunda. Pero Buteau no se reía. La hizo levantarse brutalmente, pretendiendo que le ayudase. Embarada por aquella masa que la caía sobre los muslos, tuvo que ponerse de rodillas y reunir las espigas con un movimiento oblicuo, sofocada y monstruosa, con el vientre fuera de su sitio, inclinado al lado derecho.

—Ya que no haces nada—le dijo á su hermana,—véte á casa á hacer la cena.

Francisca se alejó sin hablar una palabra. A pe-

sar del calor todavía sofocante, la Beauce había vuelto á su actividad, y los pequeños puntos negros de las cuadrillas reaparecían, moviéndose hasta el infinito. Delhomme segaba otra vez con sus dos criados, mientras que la Grande miraba cómo subía su pajar, apoyada en su caña, dispuesta á pegar con ella á los perezosos. Fouan iba á dar también un vistazo, y absorto en el trabajo de su yerno, andaba de acá para allá con el paso vacilante de un viejo entregado á sus recuerdos y á sus tristezas. Francisca, aturdida, no repuesta todavía de la emoción, seguía su camino, cuando una voz la llamó.

—¡Por aquí! ¡ven!

Era Juan, medio oculto detrás de las garbas que desde por la mañana acarreaba de las piezas vecinas. Acababa de descargar una vez más su carro, y los dos caballos esperaban inmóviles al sol. No debían comenzar el gran pajar hasta el día siguiente, y no había hecho más que unos sencillos montones, tres especies de muros entre los cuales se encontraba como en una habitación, un agujero de paja, profundo y oculto á las miradas.

—¡Ven aquí! ¡Soy yo!

Francisca obedeció maquinalmente á aquel llamamiento. Ni siquiera tuvo la desconfianza de mirar hacia atrás. Si se hubiera vuelto, habría visto á Buteau que se empinaba, sorprendido al verla abandonar el camino.

Juan comenzó bromeando.

—Eres tan orgullosa, que pasas sin saludar á los amigos.

—¡Caramba!—respondió ella;—estás tan oculto que no te se ve.

Entonces él se quejó de lo mal que lo acogían en casa de Buteau. Pero Francisca no fijaba la atención en lo que él decía; callábase ó sólo contaba por monosílabos. Habíase dejado caer también sobre la paja, en el fondo del agujero, como rendida de fatiga. Sólo pensaba en una cosa: el ataque de aquel hombre, cuyas manos ardorosas sentía todavía en sus muslos, y parecía como que la seguía su olor, aquel olor á macho, esperado siempre por ella, el aliento entrecortado por las angustias del deseo combatido. Francisca cerraba los ojos, se ahogaba.

Juan, entonces, no habló más. Al verla así, en el suelo, en aquel abandono, sintió latir con fuerza la sangre de sus venas. No había pensado en aquel encuentro, y resistía todavía en su idea de que no estaba bien abusar de aquella niña. Pero los latidos de su corazón le aturdían: ¡la había deseado tanto! Y la imagen de la posesión le enloquecía como en sus noches de fiebre. Tendióse al lado de ella, y se contentó primero con cogerla una mano y luego las dos, estrechándolas y no atreviéndose á llevarlas á la boca. Ella no las retiraba, y abriendo sus ojos de mirar vago, los fijó en él sin una sonrisa, sin ruborizarse y contraído nerviosamente el rostro. Y aquella mirada muda, casi dolorosa, lo echó todo por tierra de un modo brutal. Juan la levantó las ropas y la cogió los muslos como el otro.

—No, no, balbuceó Francisca; yo te lo ruego.... es una porquería....

Pero no se defendió. No tuvo más que un grito de dolor. Parecióle que el suelo desaparecía de debajo de ella, y en aquel vértigo no tuvo más que

una idea: ¿era el otro que volvía? Encontraba la misma rudeza, el mismo olor á macho, inundado de sudor por el trabajo al sol. Fué tal su confusión, en la ardiente noche de sus ojos obstinadamente cerrados, que se le escaparon involuntariamente estas palabras:

—No me hagas un hijo.... quítate....

Juan se hizo bruscamente á un lado, y aquella semilla humana, de aquel modo desviada y perdida, cayó en la madura mies, sobre la tierra que nada rehusa y que, eternamente fecunda, abre sus entrañas á todos los gérmenes.

Francisca abrió los ojos sin hablar, sin moverse, como pasmada. ¿Qué? ¿se había acabado ya y ella no había experimentado placer! De aquello sólo la quedaba una sensación de dolor. Y pensó en el otro, con el sentimiento inconsciente de su deseo engañado. Juan, á su lado, le disgustaba. ¿Por qué había cedido? Ella no amaba á aquel viejo que estaba allí inmóvil, como avergonzado de la aventura. Juan hizo al fin un gesto de disgusto y buscó algo que decir, pero no encontró nada. Cada vez más embarazado se decidió á abrazarla; pero ella retrocedía, no queriendo ni aun que la tocara.

—Es menester que yo me vaya—dijo Juan.—Tú, espera un momento.

Ella no contestó, con las miradas perdidas en el vacío.

—¿No es esto? Espera cinco minutos para que no te vean salir al mismo tiempo que á mí.

Sólo entonces se decidió Francisca á desplegar los labios.

—¡Bueno, véte!

Y aquello fué todo. Juan restalló su látigo, gritó á sus caballos y se fué con su carro, con la cabeza baja.

Buteau se asombraba de haber perdido de vista á Francisca detrás de las garbas, y cuando vió á Juan alejarse tuvo una sospecha. Sin decir una palabra á Elisa, partió, agachándose como cazador en acecho. Luego de pronto cayó en medio de las mieses en el agujero. Francisca no se había movido, sumida en un gran entorpecimiento, con las miradas perdidas en el espacio y las piernas todavía destapadas. No era posible negar, y no lo intentó.

—¡Ah puta! ¡ah indecente! ¡conque duermes con ese miserable y á mí me das un puntapié en la barriga, á mí!..... Vamos á vernos las caras.

La cogió, y ella leyó claramente en su rostro congestionado que quería aprovecharse de la ocasión. ¿Por qué no había de hacer á ahora lo que acababa de hacer el otro? Desde que ella sintió de nuevo la quemadura de sus manos, indignóse como antes. Él estaba allí, y á ella no le importaba, no teniendo ni aun conciencia de los movimientos de su voluntad, en la rebelión de todo su ser.

—¿Quieres dejarme, cochino?..... ¡O te muerdo!

Por segunda vez tuvo que dejarla. Pero apenas podía hablar, furioso por aquel placer que se había tomado sin él.

—¡Ah! ¡ya sospechaba yo todas estas porque-rías vuestras!..... ¡Hace ya mucho tiempo que yo debí echarte á la calle!..... ¡Y que te dejes sobar la piel por ese perdido!

Y continuó lanzando por aquella boca todas las palabras más abominables, hablando del acto con

una crudeza sin igual. Francisca, pálida de rabia, afectaba una gran calma, y á cada desverguenza contestaba secamente:

—¿Y á tí qué te importa?..... ¿No soy libre para hacer lo que me dé la gana?

—¡Pues bien, te voy á echar á la calle!.... Sí, en seguida, cuando volvamos á casa..... Yo se lo diré todo á Elisa, cómo te he encontrado con la camisa por la cabeza; y te irás á que te hagan eso á otra parte, pues que te divierte.

Ahora la empujaba llevándola hacia donde esperaba su mujer.

—Puedes decirle á Elisa que yo haré lo que me dé la gana..... y que me irá si quiero.

—¡Si tú quieres!..... ¡Eso ya lo veremos!..... ¡A puntapiés!

Para llegar más pronto, la hizo atravesar la pieza que pertenecía á ella y á su mujer, aquella pieza cuya partición iba retrasando; y bruscamente ocurriósele una idea: vió como en un relámpago aquel cuerpo hecho dos, una de cuyas partes se llevaba el amante. Aquella idea lo dejó helado, haciendo caer sus exasperados deseos. No, era una tontería echarlo todo á rodar porque una muchacha os despreciase una vez. Esto puede remediarse, y la tierra, cuando se la posee hay que conservarla.

No decía nada y andaba muy despacio, no sabiendo cómo recoger sus violencias antes de reunirse á su mujer. Al fin se decidió á hablar:

—A mí no me gustan las cuestiones, y me molesta que tengas el aire de estar disgustada conmigo..... Además, no quiero dar un disgusto á Elisa en su estado.....

Francisca se imaginó que él temía ser delatado.

—Puedes estar seguro—le dijo—de que si tú hablas, yo también hablaré.

—¡Oh! ¡no temo nada!..... Diré que mientes para vengarte porque te he sorprendido.

Como ya llegaran, concluyó con rapidez:

—Quede por ahora esto entre los dos..... Es menester que volvamos á hablar.

Elisa quedó asombrada al ver á Francisca volver con Buteau. Éste contó que aquella perezosa había ido á descansar á la sombra de un pajar. De pronto un grito ronco les interrumpió haciéndoles olvidar de todo.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha gritado?

Fue un grito horrible, un suspiro cortado, parecido al gemido de uno que se ahoga, y se desvaneció en la inflamada atmósfera.

—¿Qué será eso? Algún caballo que se ha roto los huesos.

Volviéronse y vieron á Palmira todavía de pie en medio de las gavillas y oprimiendo contra su pecho una garba que se empeñaba en atar. Lanzó un nuevo grito de agonía, y soltándolo todo y girando sobre sí misma, cayó sobre la mies, como herida por aquel sol que la abrasaba hacía doce horas.

Elisa y Francisca corrieron, y Buteau las siguió con paso indolente, mientras que de todas partes acudían también: Delhomme, Fouan que andaba por allí, y la Grande, que iba apartando las piedras con su caña.

—¿Qué sucede?

—Que le ha dado un ataque á Palmira.

—Yo la he visto caer desde allá abajo.

—¡Ah, Dios mío!

Y todos, rodeándola con el misterioso temor que la enfermedad inspira al campesino, la miraban sin atreverse á acercarse. Estaba tendida boca arriba, con los brazos en cruz, como crucificada sobre aquella tierra que la había gastado tan pronto en su dura labor y que la mataba. Debía habersele roto algún vaso, porque de su boca salía un hilo de sangre. Pero se encontraba tan agotada por sus trabajos de bestia atareada y tan reducida á la nada, que parecía un guñapo, sin carnes, sin sexo, exhalando su último suspiro en medio de aquella fecundidad de la siega.

Sin embargo, la Grande, la abuela que había renegado de ella y que jamás la hablaba, se adelantó al fin.

—Creo que está muerta.

Y la tocó con su caña. Aquel cuerpo, con los ojos abiertos y vacíos en la viva luz y la boca dilatada como recogiendo un soplo de aire, no se movió. Sobre la barba se coagulaba el hilo de sangre. Entonces la abuela añadió:

—Seguramente está muerta..... Mejor es esto que ser una carga para los demás.

Todos, sobrecogidos, no se movían. ¿Acaso podían tocarla antes de que llegase el alcalde? Hablaban en voz baja al principio, y luego se pusieron á dar gritos para entenderse.

—Voy á buscar mi escalera, que está allá abajo, contra el pajar—acabó por decir Delhomme.—Esto servirá de camilla. No está bien dejar á un muerto en el suelo.

Pero cuando volvió con la escalera y quisieron

coger garbas para hacer con ellas un lecho al cadáver, Buteau gruñó.

— ¡Se te devolverá tu mies!

— ¡Eso por supuesto!

Elisa, un poco avergonzada por aquella ruidad, añadió dos gavillas para almohada y depositaron en ellas el cuerpo de Palmira, mientras que Francisca, en una especie de sueño, aturdida por aquella muerte que sobrevenía en medio de su primer choque con el hombre, no podía apartar los ojos del cadáver, llena de tristeza, asombrada sobre todo de que aquello hubiera podido ser una mujer. Fouan también la miraba, como pensando en lo dichosos que son los que se van.

A la puesta del sol, á la hora de abandonar el trabajo, vinieron dos hombres á llevarse la camilla: la carga no era pesada, y no tenían necesidad de que los relevaran. Sin embargo, los acompañaron otros, formándose como un cortejo.

Fueron campo atravesada para evitar las vueltas del camino. El cuerpo se ponía rígido sobre las garbas, y por detrás de la cabeza las espigas colgaban y se balanceaban al movimiento cadencioso de los pasos. Ya no quedaba en el cielo más que un calor bochornoso, opaco y pesado en la azulada atmósfera. En el horizonte, al otro lado del valle del Loir, el sol, envuelto en vapores, ya no lanzaba sobre la Beauce más que unos rayos amarillos al ras del suelo. Todo parecía amarillo, con ese dorado suave de las hermosas tardes de siega. Las mieses no segadas todavía, tenían tonos de llama rosada; los pajares se erizaban de briznas de un rojo brillante; y por todas partes, hasta el infinito, manchando aquel rubio mar, los

montones de mieses parecían agrandarse desmesuradamente, brillando por un lado, oscuros por el otro, proyectando sombras que se prolongaban hasta el otro extremo de la llanura. Llenólo todo una gran calma, interrumpida sólo por el canto de alguna alondra. Nadie hablaba entre los trabajadores, que marchaban como un rebaño con la cabeza baja. No se oía más que el débil chirrido de la escalera bajo el peso de la muerta.

Aquella noche Hourdequin ajustó la cuenta á los segadores que habían terminado el trabajo convenido. Los hombres habían ganado ciento veinte francos, las mujeres, sesenta, por un mes de trabajo. Aquel había sido un buen año de siega sin muchas espigas dobladas, donde se enreda la hoz, y sin una tormenta. En medio de grandes gritos, el capataz, acompañado de su cuadrilla, presentó la tradicional garba, espigas trenzadas en cruz, á Santiaguilla, tratada como ama de la casa, y la cena de despedida fué muy alegre; se comió y se bebió mucho, y todos se fueron á acostar borrachos. Santiaguilla, bastante alegre también, casi fué sorprendida por Hourdequin abrazada á Trou. Juan, aturdido, se había ido á tender en la paja de la cuadra. A pesar de su fatiga no pudo dormir, atormentado por la imagen de Francisca. Esto le sorprendía y casi sentía cólera, porque había experimentado tan poco placer con aquella muchacha después de haberla deseado tantas noches! Luego se sentía como vacío, y juraba que no volvería á comenzar. Y he aquí que apenas acostado, volvía á verla y la deseaba todavía en una furiosa evocación carnal; reproducíase en su memoria el acto de aquella tarde, aquel

acto en que no había gozado nada, y cuyos menores detalles ahora estremecían su cuerpo. ¿Cómo volverla á ver, dónde cogerla al día siguiente y todos? Estremecióle el roce de una mujer que se deslizaba junto á él; era la percherona, la gavielladora, asombrada de que no fuese á buscarla aquella última noche. Al principio la rechazó; luego la sofocó en un abrazo; si hubiera sido la otra, la habría apretado de aquel modo, pegándose á ella hasta el desvanecimiento.

A aquella misma hora, Francisca despertándose sobresaltada, se levantó y abrió la ventana de su cuarto para respirar. Había soñado que allá abajo se peleaban. Cuando el aire la serenó un poco, le acudió la idea de aquellos dos hombres, el uno que la quería, el otro que la había cogido; y sus pensamientos, sin ir más lejos, no salían de esta idea, sin que ella juzgase ni decidiese nada. Pero aplicó el oído, y.... ¿aquello no era un sueño? Ladraba un perro en la orilla del Aigre. Pero luego se acordó; era Hilario, que desde el obscurerecer andaba dando gritos alrededor del cadáver de Palmira. Habían intentado quitarlo de allí; pero él se había resistido, mordiendo á los que se le acercaban, rehusando abandonar aquellos restos, su hermana, su mujer, su todo, y nó acababa sus gritos, que turbaban el silencio de la noche.

Francisca, temblando, escuchó mucho tiempo.

V.

—¡Con tal que la Coliche no pára al mismo tiempo que yo! —decía Elisa todas las mañanas.

Y arrastrando su enorme tripa, Elisa se pasaba horas enteras en el establo mirando con inquietud á la vaca, cuya barriga había crecido también desmesuradamente. Jamás animal alguno se había inflado hasta aquel punto. Los nueve meses cumplían precisamente el día de San Fiacro, porque Francisca había tenido el cuidado de apuntar la fecha en que la había llevado al toro. Desgraciadamente Elisa no estaba tan segura de su cuenta. Aquel hijo había sido engendrado tan tontamente, siu querer, que ella no podía saber cuándo. Pero vendría á nacer por los alrededores de San Fiacro, tal vez la víspera, tal vez el día siguiente. Y repetía desolada:

—¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo!.... ¡Sería una extorsión!.... ¡Bueno estaría!...

Querían mucho á la Coliche, que estaba en la casa hacía diez años. Habíase acabado por considerarla como una persona de la familia, y los Butean se refugiaban cerca de ella en invierno, no teniendo otra estufa para calentarse que el calor que se desprendía de ella. Y ella misma se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Francisca, á la que no podía mirar sin que los ojos se le pusieran tiernos. Lamfala con su áspera lengua, y le cogía con sus dientes suavemente las ropas para atraerla. Y no se la amaba sólo por ella, siuo también por el dinero que representaba, por la leche, por la manteca, los quesos; una verdadera fortuna que se perdería perdiendo á la vaca.

Había transecurrido una quincena después de la siega. Francisca había vuelto á emprender su vida habitual, como si nada hubiera pasado entre ella